

Contemporánea

**JOSÉ LUIS
SAMPEDRO**

**Congreso en
Estocolmo**

DEBOLSILLO

José Luis Sampedro

Congreso en Estocolmo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

PRIMERA PARTE

1

El avión descendía rápidamente hacia el mar. Cada vez se percibían mejor las crestas de espuma sobre las olas verdes. En la memoria de Miguel Espejo estalló el recuerdo del accidente sobrevenido un año antes en aquel mismo lugar. El aparato se hundió en el Báltico, cerca de la costa, y a los dos días fue hallado con todos los pasajeros y tripulantes en la cabina inundada. Al recordarlo, pensó que su mujer habría estado angustiada todo el día, obsesionada por la misma idea. Pues fue un accidente sensacional, ya que el avión inauguraba una nueva línea y llevaba personalidades a bordo.

De pronto empezaron a virar, inclinándose fuertemente a un lado. Espejo distinguió, no muy lejos, las torres y edificios de una gran ciudad gris, en la que el ya tendido sol de la tarde ponía centelleos y manchas rosadas: Copenhague. Fue sólo un instante, porque el avión volvió a enderezarse. Y entonces, a pocos metros ya del agua, surgió la orilla, donde comenzaban las pistas del aeropuerto de Kastrup. Las ruedas tocaron el suelo y, al fin, el avión se detuvo y se abrió la puerta. Intercalado en la fila de pasajeros, Miguel Espejo descendió la escalerilla metálica y pisó tierra escandinava por vez primera.

¡Qué húmedo el aire! Al detenerse para tragar saliva y aliviarse el zumbido de los oídos le chocó ver a las gaviotas andar torpemente sobre el cemento y posarse en los alambres de la señalización eléctrica. Pero debía de ser natural en aquel mundo de mar y tierra confundidos en la báltica indecisión de islas y lagos. Eran los primeros signos del lejano septentrión de Europa.

Se había quedado solo entre los operarios que descargaban equipajes y reponían gasolina. Rodeó el aparato, inclinandose al pasar bajo el ala, y vio los altos *hangares* y edificios del aeropuerto, bañados por la suave luz del ocaso entre nubes. Una señorita encantadora, con el uniforme de la Compañía, se le acercaba.

—¿Míster Espejo?

—Sí. ¿Me buscaba? —repuso él en inglés.

—Como faltaba a la lista, temíamos que le sucediese algo.

—No; muchas gracias. No me pasaba nada —añadió, caminando ya junto a ella hacia las oficinas—. Me quedé un momento mirando las gaviotas en medio del campo. ¡Hace tan extraño!

Ella no dijo nada. Evidentemente, las señoritas de la SAS —*El Viking Volante*— no hacían comentarios sobre temas personales. Sonreían nada más, incluso a los pasajeros demasiado excéntricos. Y aquélla lo hacía deliciosamente.

Entraron en una salita con una puerta al fondo, guardada por otra señorita tras una mesa diminuta. Allí le dejó su sonriente conductora con un «Buenas tardes» y le recibió la de la mesa con idéntica sonrisa.

—Tiene usted cuarenta y dos minutos para cenar. Pida lo que quiera en el mostrador y entregue esta tarjeta. La Compañía le desea que se encuentre como en su casa.

Espejo pasó a una sala muy amplia, pero bajita de techo. Muebles diminutos, graciosos. Maderas claras y tapicerías alegres. Enredaderas trepando por las paredes y flores en todas partes. La luz fluorescente, todavía un poco temblona de recién encendida, teñía fríamente las cosas de impersonalidad y lejanía. Entre gentes que iban y venían, Espejo se acercó al mostrador. Una camarera rubia, acostumbrada, sin duda, a viajeros ignorantes de lo que deben hacer, le alargó una gran bandeja de blanca madera muy ligera. Bajo el cristal del mostrador, los manjares exhibían en las fuentes alegres coloridos, puesta cada ración sobre una rebanada de pan. Espejo aceptaba cuanto le ofrecían, porque todos los platos le parecían entremeses. Le llevaron la bandeja y le sirvieron, además, un gran vaso de cerveza coronada por espuma casi sólida. La eficiente señorita no había hecho el menor gesto, pero cuando él se alejó con la bandeja observó que llevaba el doble que los demás.

«¿Por qué he dicho tantos “síes”? Aquí no se debe ser más amable de lo exactamente debido», pensó contrariado.

De todos modos, nadie se ocupaba de él. Dejó la bandeja sobre la mesita y se sentó. Al lado, una señora de edad fumaba un magnífico habano. El humo delicado se enredaba en las numerosas florecitas del sombrero, violetas y amarillas. No atreviéndose a mirarla demasiado, Espejo contempló el rápido ir y venir de las gentes, la agitación junto al mostrador, la entrada y salida de nuevos pasajeros... Y entonces se dio cuenta del increíble silencio que algodónaba todo aquel bullicio. Dos apacibles tertulias, en el soriano Círculo de la Amistad, hacían muchísimo más ruido que aquel apresurado centenar de personas. Sin duda, esto era Escandinavia también, como las gaviotas en el prado.

Empezó a comer y con el primer bocado se dio cuenta del hambre que sentía. Los manjares eran apetitosos, pese a su frialdad, que eludía correctamente toda incitación a los sentidos. Un gran reloj enfrente le recordó que sólo disponía de... No; ya era menos tiempo; pero no sabía cuánto, pues no había mirado la hora en el momento en que la Compañía le concedió graciosamente cuarenta y dos minutos. Como había terminado la cerveza, fue al mostrador a buscar otro vaso, pero la tarjeta de la Compañía sólo daba derecho a pedir una vez. Todo lo que quisiera, pero una sola vez; así se lo explicó otra señorita. En el acto sintió una sed irresistible. Otro vaso costaba dos coronas, pero Miguel Espejo no llevaba coronas danesas. ¿Tenía el señor moneda sueca, norteamericana o suiza? Espejo sacó de la cartera su primer billete sueco: cincuenta coronas. ¡Oh!, la señorita lo sentía mucho, pero no podía darle cambio. ¿No tenía sólo una corona y media sueca?

Espejo sintió el fracaso del nadador a quien le faltan cien metros para haber cruzado el Canal. Estaba virulento por no llevar ninguna corona danesa y por llevar demasiadas coronas suecas, por entretener excesivamente a la señorita, por ocupar tantos minutos su mesa. Se sentía culpable de todo, como grano de arena en una máquina eficiente y bien lubricada. Empezó a retirarse del mostrador, donde silenciosos e implacables viajeros reclamaban enérgicamente su sitio sin darlo a entender de ningún modo.

—Permítame —dijo alguien a su lado, en inglés.

Y una mano alargó a la señorita unas monedas, mientras la misma voz hablaba en danés. La señorita contestó sonriendo y alargó sendos vasos de cerveza a Espejo y el recién llegado.

Era moreno, enjuto y no muy alto; de mediana edad y nada llamativo. Incluso parecía vulgar, hasta que Espejo descubrió sus ojos, casi animalmente negros, y sus manos expresivas, muy ágiles aun en su quietud.

—No tiene importancia —estaba diciendo en aquel momento—. Ya me invitará usted en Estocolmo.

—¿Sabe que voy a Estocolmo?

—Lo supongo. Si se quedara en Copenhague, la Compañía le hubiera metido ya hace tiempo en el autobús.

A Espejo le hizo gracia la expresión. Aquel hombre no podía ser escandinavo.

—Sí; yo también encuentro que aquí uno es demasiado conducido —continuaba diciendo. «¡Cómo ha interpretado mi esbozo de sonrisa!», se asombró Espejo—. ¿De dónde es usted? O déjeme pensarlo. Meridional, desde luego... Español; claro.

—¿Por qué claro?

—Porque ha llegado en el SAS de Madrid-Francfort y no es usted portugués. En realidad, debí saberlo sólo con oír su inglés —añadió el viajero, ya en un español bastante correcto.

—Me deja usted asombrado —dijo Espejo al cabo de un instante—. No me queda sino presentarme.

—No es necesario —interrumpió su interlocutor, sonriendo francamente—. Usted es el señor Miguel Espejo Gómara, catedrático de Matemáticas en Soria.

Y como Espejo permaneciese casi con la boca abierta, añadió:

—No soy brujo. Lo hubiera adivinado cualquiera como comprenderá en cuanto me presente. Soy Gyula Horvacz, de Budapest. ¿No le dice nada mi nombre?

—Perdone, pero no recuerdo.

—Pues estoy en la misma lista que usted. Voy también al Congreso de Estocolmo. Así he sabido su nombre. Tengo buena memoria, y una vez averiguada su nacionalidad...

—Pero ¡yo podía no ir al Congreso!

—Fue un poco de suerte el acertar. No arriesgaba nada si resultaba ser otra persona.

A Espejo le costaba aceptar la naturalidad de todo aquello.

—Pero al Congreso van otros españoles. ¿Por qué ha dado mi nombre?

—Porque usted viaja solo, y Miguel Espejo es el único español que asiste privadamente al Congreso. Según dice la lista, los demás forman una delegación oficial.

Todo era cierto, pero...

—Es muy fácil, créalo. Sobre todo si uno tiene costumbre de viajar un poco... ¿No le habrá molestado?

—Al contrario; ha sido usted muy amable. ¡Si supiera la sed que tenía!

Callaron un momento. Espejo, no tanto por la obligación moral de no dejar nada en la bandeja como por haberle desconcertado la sagacidad de su compañero.

No pudo pensar mucho, sin embargo. La palabra *Stockholm* sonó en el altavoz, llamándoles la atención hacia sus roncros avisos, casi olvidados de tan continuos.

—Tenemos que irnos —dijo Horvacz.

Sí; ahora lo repetían en alemán: «Señores viajeros para Estocolmo, tengan la bondad de acercarse a la puerta de salida número dos.» Y luego en inglés y en francés.

Horvacz fue a recoger su gabardina, que había dejado tranquilamente en una percha de la entrada, como todo el

mundo. «Me he mostrado muy desconfiado conservando la mía en una silla próxima», pensó Espejo. En la puerta número dos otra sonriente señorita les recogió la tarjeta de control, haciéndoles pasar a una salita, donde como en una esclusa, fueron congregándose todos los viajeros del avión. Y lo sorprendente era que aquellas sonrisas femeninas, aunque rigurosamente oficiales, tenían una cordialidad sencilla y humana, inexistente, por ejemplo, en las de Francfort o Hamburgo.

Otra señorita contó rápidamente los viajeros. «Antes pasaron lista, porque faltaba usted», dijo en voz baja Horvacz. Espejo asintió y todos salieron, atravesando el campo hacia el gran aparato.

Era ya de noche y el viento marino parecía más húmedo. Lucían las señales de aterrizaje. Entraron en la cabina, caliente por contraste con la humedad externa. El débil alumbrado indirecto infundía sueño. Gyula y Espejo se sentaron juntos y guardaron silencio durante los preparativos: el desfile de la tripulación por el pasillo, el cierre de la puerta, la orden de no fumar y de amarrarse los cinturones, la goma de mascar, el algodón para los oídos, la señorita ofreciendo revistas y observando en realidad si todos habían cumplido los ritos del vuelo. Poco después el avión ya estaba en el aire, giraba dejando ver las innumerables luces de Copenhague y se orientaba definitivamente hacia su destino.

Esta última parte del viaje resultó fatigosa para Espejo. No era fácil conversar y, al mismo tiempo, se sentía violento por callar junto a su amable compañero, aunque éste guardaba la más discreta actitud. Por otra parte, el tiempo y la excitación del viaje le habían ya cansado un poco.

Le preocupaba su mujer, a la que había dado una hora de

llegada anterior a la real. Seguramente estaría inquieta, preguntando al aeropuerto por el avión de Estocolmo, desde su solitaria habitación del hotel madrileño. Llamaba por teléfono. ¿Y qué le contestaban? Sonaba un timbre. Sí, un timbre. ¿Qué era? Y luego...

Le tocaron en el brazo. Su compañero le ofrecía una taza, mientras la señorita se volvía ya hacia los pasajeros de otros asientos.

—Perdone si me he permitido molestarle. Este café le sentará bien.

Espejo, arrancado a su turbia somnolencia, tomó la taza pensando que el húngaro era quizás demasiado oficioso. Pero debía de tener gran experiencia de los viajes o asombroso conocimiento del hombre y de las cosas. Espejo tuvo que reconocerlo apenas sorbió un trago del excelente café, que le entonó inmediatamente. Y se sintió culpable.

—Es verdad. Está muy bueno.

—Ahora ya no importa que se recueste y descanse. Aún tardaremos en llegar —contestó Horvacz.

Y, como si siempre lo supiera todo, se distanció tras la cortina de humo de su cigarrillo.

Al ir Espejo a recostarse le atrajo la intensa claridad lunar en la ventanilla. Acercó la frente al helado cristal y, por un claro de las nubes, gozó la mágica visión de la tierra empapada de noche transparente y salpicada por lagos de luna. Recordó el maravilloso viaje de Nils Holgersson sobre un ganso salvaje, volando por encima de la patria sueca. Pero la interposición de nubes, opacas pese a su prodigiosa apariencia neblinosa y translúcida, le hizo reclinarsse en su asiento.

Esta vez le despertó la sensación de bajada en el estómago. Vio encendido el aviso de los cinturones y se apresuró a

ponérselo. Su compañero le advirtió que aún tardarían más de un cuarto de hora, pues habían tenido que volar demasiado alto.

El descenso fue lento y molesto. Pero al fin se encontraron bajo la luz fluorescente de otro recinto como el de Copenhague. Un aduanero atlético examinó someramente el equipaje después de preguntar si llevaba alcohol. Eran sólo las once de la noche; pero en el cansancio y en la actitud de la gente parecía muchísimo más tarde. En pocos minutos se cumplieron las formalidades y pasaron al autobús. Empezaron entonces una marcha muy rápida, circulando por la izquierda y pasando junto a negras aguas con reflejos de faroles y de ventanas iluminadas. Un gran letrero en neón rojo gritó un instante al paso de la ventanilla: *Bromma Theater*. A Espejo le hizo gracia, aunque sabía que Bromma era el barrio de Estocolmo donde está el aeropuerto. Y, al volver ligeramente la cabeza, se fijó en una muchacha que iba de pie junto a la puerta del autobús.

Era delgada y fina. Vestía una gabardina casi de hombre, con el cuello desgarbadamente levantado. En la mano asida a la barra se sobreponían la delicadeza y el vigor lo mismo que el perfil de la boca —bajo una nariz no pequeña, pero llena de gracia por su ligero respingo— expresaba a la vez una firme decisión y un titubeo adolescente. ¿Por qué no eran azules sus ojos, si el sencillo sombrerito de fieltro echado hacia la nuca dejaba escapar sobre la frente claros mechones trigueños?

No llevaba equipaje ninguno, y, sin embargo, el autobús sólo podía transportar viajeros. Mientras Espejo la contemplaba, dejaron las afueras de Estocolmo y entraron velozmente por largas calles desiertas. De pronto se detuvieron, la

puerta se abrió sola y la muchacha se apeó. Antes de reanudar la marcha, Espejo tuvo tiempo de verla doblar la esquina, con el decidido paso de su tacón bajo, y alejarse por la ciudad desconocida. De tal manera, que le invadió una inmensa ternura hacia la muchacha, solitaria viajera nocturna perdida en una calle. Se sintió más fuerte y más débil al mismo tiempo que aquella mujer, tan decidida y tan desamparada, tan independiente y tan necesitada de compañía.

Pero ya habían llegado. Descendieron frente a un pabellón de cristales, en medio de una plaza. Casi inmediatamente le entregaron su equipaje. Horvacz se le acercó.

—¿Dónde va usted?

—Al Gran Hotel. Tengo reservada habitación. ¿Usted también?

—No, no. Esta vez he preferido otro alojamiento. Es difícil encontrar ahora, en el verano. Pero voy a llevarle.

—No se moleste. Tomaré un taxi.

—Ya tengo uno. Y es aquí cerca.

Casi antes de que se dieran cuenta, el magnífico taxi se detuvo ante unos escalones cubiertos por una marquesina. El chófer encendió la luz interior, pero Horvacz le mandó apagar, y cuando el portero del hotel abrió la portezuela, a Espejo le pareció que su compañero aceleraba las cortesías de despedida y se echaba atrás para quedar en la sombra. Ya después de apearse oyó a Horvacz prometiendo telefonarle para verse y tuvo que dejarle cerrar la portezuela. El taxi arrancó y Espejo subió la escalera. Intentó en vano hacer girar la puerta de cristales hacia la derecha, y recordó que en Suecia se circula por la izquierda. Al entrar en el vestíbulo del Gran Hotel volvió a sentirse sobre una silenciosa correa de

eficiencia que, con la más correcta cordialidad, le solucionó todos sus problemas hasta dejarle instalado en su habitación.

Sí, pero solo. Y tardó en dormirse. Recordaba su casa y al mismo tiempo, desproporcionadamente agrandados, todos los incidentes de las catorce horas de vuelo. Extrañaba la cama, con la sábana superior y la manta simplemente dobladas hacia dentro, sin coger abajo ni a los lados, como en su lejana juventud de estudiante pensionado en Berlín. Pensó un rato en Horvacz y en su rara conducta durante la despedida a la puerta del hotel. Sí, parecía como si se quisiera ocultar del portero. ¡Bah! Debía de ser una impresión equivocada de los nervios de Espejo, tan agitados durante el día.

Lo último que evocó antes de dormirse fue la muchacha del autobús. ¿De dónde venía y adónde iba? Su figura se destacaba vibrante sobre el fondo del autobús repitiendo rutinariamente su trayecto, cargado de viajeros con motivos vulgares. Ni los negocios, ni el placer turístico, ni la familia podían haber modelado aquel rostro delicado y firme, aquella actitud conmovedora y admirable. Sobre todo, ¿por qué impresionaba tan hondamente? Era como si llevase un mensaje intransmisible por la palabra. Su andar, al internarse en la prolongada oscuridad de la calle, emanaba simultáneamente temor y fe... Pero sólo él, Espejo, había recibido la impresión; los demás casi dormitaban. Era extraño... ¿Mensaje sólo para él, quizás?

Sonriendo suavemente de sí mismo, se quedó dormido.